

resurreccion de los muertos, la calma repentina de los vientos y tempestades, la consternacion que con una palabra suya se apoderaba de los egércitos innumerables de idólatras, el don de lenguas cuando el apóstol no tenia otro medio para darse á entender, el de hacerse inteligible, hablando una sola lengua, á millares de gentes de todos paises, el don de profecía, el conocimiento de los sucesos remotos y de los pensamientos de las criaturas, fueron los medios victoriosos que sujetaron al yugo de Jesucristo á los pueblos de Amboina, Ternate, Tydor, Macian, de todas las Molucas y de otras muchas islas menos conocidas. Libró á los Reyes bárbaros y á sus vasallos de la afeminacion asiática, de la poligamia, y de sus inclinaciones corrompidas, mucho mas dificiles de vencer que las preocupaciones de la educacion y los argumentos de la infidelidad. El Rey de Ulate, entre otros, no pudo resistirse á un prodigio que libertó á su capital, y le conservó á él la vida y el imperio. Al llegar allí el Santo, se hallaba este Príncipe sitiado y próximo á rendirse, porque el enemigo le habia cortado el agua, y era tal la sequía que acababa con hombres y caballos. Logra Javier entrar en la plaza. Se presenta al Rey y le promete hacer que llueva en Ulate, si se resuelve á confiar en el Señor de la naturaleza, que es el Dios de los cristianos. Obtenido el consentimiento del Príncipe, planta una cruz en el parage mas elevado de la ciudad, y se pone á hacer oracion en presencia de todo un pueblo tan interesado en lo que se le anunciaba. Al instante se cubrió

de nubes el cielo, y luego que se concluyó la oracion, cayó una lluvia copiosa que duró hasta que se hizo una abundante provision de agua. No esperando ya cosa alguna los sitiadores, pues veían frustrado el estratagema en que tenian fundada toda su confianza, levantaron inmediatamente el sitio, y el Rey pidió el bautismo con todo su pueblo. Quiso tambien que abrazasen el cristianismo las demás islas que dependian de su corona, y consiguió que fuese el siervo de Dios á establecerle en ellas.

59. Algun tiempo despues oyó hablar Javier de las islas del Moro, mas internadas que Ulate á la parte de oriente, y situadas como unas seis leguas mas allá de los Molucas. La pintura que de ellas se hacia era tan espantosa como conforme á la verdad, pues venian á ser una tierra sobre la cual habia echado en cierto modo su maldicion la naturaleza, no menos horrible que estéril, y mas á propósito para los reptiles venenosos que en ella se encontraban á cada paso, que para los hombres. Estaba el aire tan corrompido, que muchas veces quedaban muertos los estrangeros al desembarcar, ó por lo menos perdian el sentido. Habia continuos terremotos y hundimientos, y arrojaban los montes unos torbellinos de llamas y de humo tan abundantes, tan continuos y con tan furiosos ruidos, que parecian aquellos volcanes otras tantas puertas del infierno. El carácter de los habitantes, que eran los mas crueles y pérfidos de todos los bárbaros, envenenadores atroces y antropófagos hasta el extremo de regalarse unos á otros la carne de sus

parientes cuando llegaban á ser viejos, correspondia á la malignidad del clima. Lo que para otro cualquiera hubiera sido un objeto de terror, ó á lo menos de aversion y de execracion, tuvo para Javier un atractivo muy particular. „No saltarán predicadores á las naciones mas tratables y opulentas (dijo á sus amigos que hacian los mayores esfuerzos para detenerle); pero esta es para mí ya que nadie la quiere. Si tuviese maderas olorosas, ó minas de oro, se arrostrarian todos los peligros para ir á quitárselas. ¿Y han de ser los mercaderes mas intrépidos que los misioneros? ¿Serán esos desgraciados pueblos los únicos que quedan escluidos del beneficio de la redencion? Convengo en que son muy bárbaros y brutales; pero aun cuando lo fuesen mucho mas ¿no tiene bastante poder para ablandar sus corazones el que hace que florezcan los troncos secos, y convierte cuando quiere las piedras en hijos de Abrahán? Aunque no consiguiese mas que la salvacion de uno solo, daria por bien empleados todos los trabajos y peligros con que pretenden asustarme.”

60. Ya se dejan ver los frutos apostólicos que debia producir un misionero animado de este espíritu. Fueron superiores á las esperanzas de todos. Por mas feroces y brutales que fuesen aquellos isleños, no pudieron resistir á tanta virtud. Tolo, cabeza de partido de la isla principal, se convirtió enteramente: y es de notar que habia en ella veinticinco mil habitantes. Siguieron este ejemplo las demás poblaciones, y las islas del Moro, miradas antes con tanto

horror, se convirtieron de un modo tan remoto de todas las conjeturas humanas, que el santo apóstol las dió el nombre de *Islas de la divina esperanza*. La admiracion de su virtud, y los atractivos de su caridad compasiva y de su genio amable, le hicieron absolutamente dueño de los corazones de aquellas gentes. Un dia que estaba celebrando el santo sacrificio, se estremeció la tierra con unos vaivenes tan violentos, que huyeron todos de la iglesia con el mayor desorden. Solo Javier permaneció en el altar, sin dar ninguna señal de temor ó de distraccion; y se persuadieron los bárbaros á que un hombre que estaba inmóvil cuando temblaban las piedras, era algo mas que un simple mortal.

Júzguese por esta mision de otras infinitas que hizo Javier, y de los frutos admirables que de ellas debieron resultar á la Iglesia. Toda la inmensidad de las regiones é islas comprendidas bajo el nombre de Indias, fue el teatro de sus trabajos apostólicos; y en el discurso de diez años restableció é hizo que floreciese en ellas la fe con todas las virtudes evangélicas. A un mismo tiempo atendia á las necesidades de veinte pueblos distintos; volaba á socorrer á unos; á otros enviaba predicadores inflamados de su celo y caridad; iba á corregir un abuso cuando estaba en su origen, ó á prescribir las reglas de un culto perfecto; volvia á confirmar en la fe á una poblacion vacilante, y pasaba de un lugar á otro con una celeridad increíble. Parecia que se hallaba en todas partes á un mismo tiempo, y que se multiplicaba con su actividad.

Habia pasado desde las orillas del Indo hasta Málaga, mucho mas allá del Ganges, y desde Málaga hasta las Molucas, recorriendo y convirtiendo pueblos é islas sin número y archipiélagos enteros; y se internó hasta los parages frecuentados con motivo del comercio por los japones que eran los pueblos mas famosos de las Indias, pensando desde luego en alistarlos en la milicia de Jesucristo. Desde las Molucas volvió á Málaga, y la libró como de paso del furor de los aqueos que iban á apoderarse de ella; y despues marchó á Goa para recibir los nuevos refuerzos que enviaban de Europa contra las potestades infernales, y para formar con el establecimiento del seminario de Santa-Fe, un arsenal provisto de armas siempre prontas y á toda prueba. Empezó por tercera vez este viage inmenso, y mucho mas trabajoso porque su menor penalidad consistia en caminar evangelizando por todas partes sin ninguna intermision, sin atender á ningun peligro, y arrostrando los escollos, las tempestades y aun el naufragio, contra el cual estuvo luchando tres dias y tres noches consecutivas, en una tabla espuesta á todo el furor de los vientos y de las olas. Rióse Javier cuando le pintaron sus amigos las formidables mangas ó sifones de los mares del Japon y los huracanes repentinos, que acometiendo á un navío le hacen dar varias vueltas á la redonda, y despues le sepultan en el seno del abismo: lo cual le decian para retraerle á lo menos de esta empresa, ya que habia concluido felizmente la de las islas del Moro; y como no trataban mas que de oponerse á la

egecucion de su proyecto, aprovechó la ocasion de embarcarse en el navío de un pirata idólatra, alegrándose de que en cierto modo sirviese el pabellon del infierno para introducir la guerra en su imperio.

61. La compañía de Javier ó de Ignacio de Loyola se ocupaba en Europa, del mismo modo que en Asia, en cultivar la viña del Señor (1). Le Jay, célebre en Alemania por lo mucho que habia trabajado en la conversion de los hereges en Ingolstad, en Ratisbona y Nuremberg, y por el modo con que en el concilio de Trento habia hecho las veces del cardinal obispo de Augsburgo, fue nombrado para el obispado de Trieste por el archiduque Fernando, el cual, no pudiendo vencer su modestia, suplicó encarecidamente á la Cabeza de la Iglesia que le diese órden para que aceptase, como al pastor mas á propósito para preservar aquella diócesis de los errores de Alemania, á los que estaba tan espuesta por su situacion. Se defendió le Jay con tanta constancia, y halló un apoyo tan grande en su santo fundador, que desistió el Papa de las diligencias á que habia dado principio con mucha actividad. Dejándose luego persuadir de que la elevacion de aquellos primeros jesuitas á las dignidades eclesiásticas seria no menos perjudicial á la santa Sede que los tenia siempre prontos á volar de un polo á otro á la menor señal de su voluntad, que á la misma compañía, pues la arruinaría en su origen privándola de sus mejores individuos, consintió en que llevase á efecto el designio

(1) *Bouh. Vid. de. S. Ign. l. 14.*

formado por su fundador, de obligarse con voto á no solicitar ni aceptar jamás ninguna dignidad eclesiástica, á no ser obligados á ello, pena de pecado, por el Vicario de Jesucristo. Pronto se confirmó Ignacio en lo que habia previsto y procurado evitar con tanta prudencia, porque no habian pasado muchos años cuando se quiso tambien privar á su compañía del docto Lainez y del santo padre Francisco de Borja, antes duque de Gandía, para hacerlos cardenales. Apenas bastó la obligacion que habian contraido, para eximirlos de una carga que no les parecia menos pesada por su brillantéz y ostentacion. Habiendo obtenido Ignacio el beneplácito del Sumo Pontífice, libró igualmente á sus discípulos del gobierno de las religiosas (1). La direccion de una comunidad nueva, que aunque solo constaba de tres personas, le causaba tanta molestia como toda su órden, le dió á entender que una compañía enteramente apostólica, y responsable á los pueblos y á los imperios, á los fieles y á los infieles, no podia emplear el tiempo, sin cometer con ellos una especie de latrocinio, en resolver cuestiones impertinentes, en quitar escrúpulos, en oír quejas ó en componer disensiones pueriles.

62. Disgustado del mundo el duque de Borja al ver el cadáver horroroso de la Emperatriz Isabel de Portugal, que habia sido una de las mugeres mas hermosas de su tiempo, habia hecho voto de entrar en religion, si avanzaba en dias á la duquesa su esposa;

(1) Ribad. Vid. de S. Ign. l. 3. c. 14.

y desde aquel momento empezó á practicar los ejercicios mas santos y austéros de la vida religiosa (1). Luego que murió la duquesa, hizo el duque, sin quitarse las insignias de su grandeza, los votos solemnes de la compañía de Jesus en la capilla de su palacio á presencia de pocas personas. Le habia permitido el Sumo Pontífice conservar sus dignidades y haciendas hasta que arreglase los asuntos de su casa, para lo cual se necesitaron tres años; pero desde el primer momento de su entrada en religion, fue uno de los mas dóciles y humildes discípulos de San Ignacio, el cual tuvo que moderar los ardores de su devocion y los rigores de su penitencia. Era Francisco naturalmente inclinado á la vida retirada y solitaria; pero el libro de los ejercicios de San Ignacio, que fue entonces aprobado auténticamente por la santa Sede, le inclinó desde luego á la compañía, y le dió á entender que no habia cosa mas santa que sacrificar la quietud y la voluntad propia á la salvacion de las almas. El colegio que fundó en la ciudad de Gandía, y fue el primero que tuvieron sus hermanos en Europa, les grangeó mucha celebridad en las letras, de modo que los buscaban de todas partes para la educacion pública.

63. Estando tambien el duque de Ferrara construyendo un colegio en su capital, pasó por allí el padre le Jay al volver del concilio de Bolonia. La renuncia que habia hecho del obispado de Trieste, le habia dado una celebridad extraordinaria en todo

(1) Orland. Hist. Soc. Jes. l. 7. et 8.

aquel pais. Le obligó el duque á detenerse algun tiempo, creyendo que era un hombre enviado por la Providencia para esplendor del nuevo colegio, cuya direccion y gobierno puso en manos de la compañía. Pensó seriamente en reformarse á sí mismo, hizo ejercicios espirituales, teniendo por director á aquel padre, y muy en breve dió egemplo de todas las virtudes que constituyen un Príncipe verdaderamente cristiano. Observando le Jay con fidelidad las lecciones de San Ignacio, y haciendo muy poco aprecio de las distinciones de la corte, se fue á vivir á un hospital, donde consagraba al alivio de los pobres enfermos todos los momentos que le dejaban libres las funciones sagradas de su ministerio. Del mismo modo se habia portado en el concilio de Trento, juntamente con Lainez y Salmerón. Al salir de las asambleas, en las cuales se estimaba tanto su ciencia, que con motivo de padecer Lainez unas calenturas intermitentes, no habia congregaciones el dia en que estaba indispuerto, volvian á los hospitales, instruían á los niños, servian á los enfermos en las cosas mas humildes, y pedian limosna por las calles, no solo para los pobres, sino tambien para su propia subsistencia, pues querian proporcionársela á título de pobreza (1). Se echaba de ver en sus mismos vestidos el amor á esta virtud evangélica, pues los traían hasta que no podian servirles absolutamente, y estaba tan grabado en su corazon, que habiendo dispuesto los legados que se les hiciesen hábitos nuevos para

(1) *Bouh. Vid. de S. Ign. l. 5. p. 375.*

que se presentasen con mas decencia en el concilio, volvian á ponerse los viejos luego que se acababan las sesiones. Queriendo el duque Guillermo de Baviera, uno de los principales apoyos de la antigua religion en el imperio, tener teólogos capaces de confundir la arrogancia de los hereges, consiguió de San Ignacio, además de Salmerón y le Jay, al padre Pedro Canisio, nombre eternamente precioso para los católicos de Alemania, y respetable para todos los que saben apreciar la ciencia eclesiástica.

64. Continuando en el mismo estado de inaccion los asuntos del concilio general, al cabo de cuatro años que habian pasado desde su traslacion á Bolonia, y temiendo Paulo III, que si llegaba á morir entretanto (lo que no seria extraño supuesto que contaba ya ochenta y dos años), podrian ocurrir disturbios para la eleccion de su sucesor, tomó por fin el partido de disolver la asamblea de Bolonia, tan fuertemente combatida por el Emperador. Se intimó á los padres esta resolucion por el primer legado el dia 17. de Setiembre de 1549.

65. Sin embargo, no murió el Pontífice hasta el 10 de Noviembre del año siguiente; y es probable que hubiera vivido mas, á no haber sido por la pesadumbre que le dió su sobrino Octavio, el cual se declaró por el Emperador, á fin de conseguir á cualquier costa el ducado de Parma, que por último habia resuelto el Papa reunir al patrimonio de la Iglesia, á pesar de que hasta entonces se habia manifestado tan condescendiente con su familia. Se cree que si este Pontífice



hubiese vivido mas tiempo, se habria declarado abiertamente á favor de la Francia, pues la estimó siempre, y además tenia esta nacion el mérito de haber favorecido en todos tiempos al concilio de Bolo-  
 nia. Así es, que cuando Cárlos V supo la muerte de este Papa: „estoy seguro (dijo) de que si se abriese su cuerpo, se le encontrarian las flores de lis grabadas en el corazon.” Paulo III, por mas que hayan escrito contra él una multitud de censores, ya émulos ya heterodoxos, será reputado, segun el testimonio mas cierto de sus obras, por un Pontífice de mucho acierto en los consejos, y de grande energía en las resoluciones, igual en todos los acontecimientos, noble en sus inclinaciones, afable en sus modales, amante de las letras, aprovechado en ellas, y siempre dispuesto á premiar el mérito; pero lo que mas le honra, aun entre los Pontífices mas ilustres, es el haber sido el primero que convocó y principió el concilio deseado por tanto tiempo, respetando su libertad hasta sacrificar á ella sus propias ideas, y muchas pretensiones que se miraban antes como derechos inenagenables del Pontificado. Fue reprehensible el escetivo cariño que mostró á sus parientes, los cuales le correspondieron con ingratitude y le abreviaron la vida. Hallándose Paulo en los últimos momentos, repetia sin cesar, imitando el egemplo tardío de otros muchos Papas: „si no me hubiera dejado dominar de los míos, no tendria yo ahora ninguna mancha, ó á lo menos estaria libre de la mayor falta que he cometido.”

66. El cónclave celebrado para elegir sucesor duró cerca de tres meses, con motivo de los embrollos de dos facciones casi igualmente poderosas, la una de los cardenales franceses, y la otra de los austriacos. Pareció desde luego, que no podia menos de recaer la eleccion en el cardenal Polo, no menos digno de ella por la preeminencia de sus talentos y virtudes, que por el esplendor augusto de su nacimiento, y que además de esto estaba sostenido por Cárlos V, como que habia sido constantemente adicto á la Reina de Inglaterra, Catalina de Aragon, y á la Princesa María, su hija. Pero fue tan grande la indiferencia que mostró Polo en órden al Pontificado, como el mérito que tenia para lograrle. Solo le faltaban dos votos para reunir las dos terceras partes, y ya le hacian la corte los cardenales, creyendo que indefectiblemente seria Papa, cuando él mismo advirtió á estos prelados que no procediesen con precipitacion en un asunto de tanta importancia para la gloria de Dios y el interés de la Iglesia. Otra vez le despertó su conclavista para decirle que estaban á la puerta los cardenales, y que iban sin duda á terminar la eleccion. Reprendió á su oficial; hizo presente á los cardenales que no era oportuna aquella hora para un asunto de tal naturaleza, y los persuadió á que lo difriesen hasta el otro dia. Perdida esta ocasion, se acabó para siempre el Pontificado, y es muy probable que así lo pretendió la heróica modestia del cardenal Polo. La envidia y los zelos de sus competidores adquirieron un nuevo grado de actividad, como debia esperar lo naturalmente este prelado; pero lo que no

puede menos de llenarnos de asombro y de indignacion, es que intentasen denigrar sus costumbres angelicales, y lo que es más, empeñarse en hacer sospechosa la fe de un confesor perseguido de muerte y desterrado entonces de su patria.

67. Habiéndose mostrado risueña la fortuna, aunque con igual perfidia, á algunos otros cardenales, se declaró por último de un modo efectivo á favor del cardenal Juan María del Monte, primer legado del concilio de Trento. Su verdadero apellido era Giocchi, y su familia, poco ilustre, residia en la aldea de Monte-Sansavino, en Toscana, de donde su tío Antonio, creado cardenal por Julio II, habia tomado antes el nombre de cardenal del Monte. Fue elegido á 8 de Febrero de 1550, y se llamó Julio III, en memoria del Papa que habia sacado á su familia de la obscuridad. Se habia acreditado en los primeros empleos que obtuvo, manifestando mucha aplicacion al despacho de los negocios, un espíritu superior á las dificultades, y una magnanimidad nada común (1). Pero era Julio III uno de aquellos talentos subalternos que brillan en el lugar segundo, y se eclipsan en el primero: hombre recto y de buenas intenciones; pero de limitada esfera, y nacido para egecutar y no para mandar.

68. Siendo legado de la santa Sede, habia sostenido sus derechos con intrepidez, oponiéndose en algunas cosas al Emperador; y habiendo llegado á ser Sumo Pontífice, condescendió en todo con los deseos de este Príncipe, esponiéndose á disgustar á

(1) *Onuphr. in Jul. III. — Ciac. t. 3. p. 741.*

las demás coronas, y perjudicando al concilio general con los sentimientos que acerca de él inspiró á la Francia. En vez de un cardenal laborioso y retirado, se vió tambien en Julio III un Papa que pasaba los dias enteros recorriendo sus jardines, y empleaba el tiempo en proyectos de obras y adornos campestres, como si estas cosas fuesen unos asuntos de primer orden. Pero lo que mas desdoro causó á su Pontificado, muy á los principios, fue el destino que dió al primer capelo, contra las reclamaciones de todo el sacro colegio, confiriéndole á un mozo aventurero, que no tenia mas recomendacion que la fortuna de haberle caído en gracia, y el encargo de cuidar de su mona (1): lo que dió ocasion á los burlones para que le llamasen el cardenal *Simia*, nombre latino del animal que le habia proporcionado la púrpura. Habia hecho el Papa que le adoptase un hermano suyo, y le trató seriamente como á cardenal nepote. No fue menos vergonzosa para el Papa la vida licenciada de este hombre, que la indecencia de su promocion.

69. No obstante, tuvo Julio III el mérito de continuar el concilio en que habia presidido como legado: lo que egecutó por su propia voluntad, antes que le instase nadie á dar este paso; y publicó á 14 de Noviembre de 1550 la bula de convocacion, que fijaba la continuacion del concilio para el dia primero de Mayo siguiente (2). Solo se nombraba en ella al Emperador, entre todos los Soberanos, de los cuales se hablaba en general, contra el uso constante, á lo menos respecto de la Francia.

(1) *Ibid. p. 719.* (2) *Palgrav. l. 2. c. 2.*